

CAPÍTULO 9

El frío camino a Tomsk

El frío intenso — Sus inconvenientes — Los bellos efectos de la luz a muy baja temperatura — La fiesta bautismal de Cristo en el Obi — Tomsk — Su comercio — Una velada a orillas del Tom

SALÍ de Omsk el 17 de enero a la una de la tarde. Este día fue intensamente frío; ¡el termómetro marcaba casi cincuenta grados bajo cero! Apenas podía abrir mi *bachelique* cuando deseaba admirar los bellos efectos de luz que acompañan invariablemente a una temperatura tan baja.

La nieve, por algún efecto óptico que soy incapaz de explicar, presentaba, desde ciertos puntos de vista, reflejos tan oscuros que eran casi negros; y luego, en contraste con éstos, innumerables pequeños cristales, reflejando los rayos del sol, brillaban con tal resplandor, que uno podría pensar que estaba admirando partículas de diamantes esparcidas sobre una suave tela de terciopelo. Después de algunas horas de viaje, llegamos a una parte de la estepa llamada la hierba larga, debido a su abundancia en estas partes, que alcanza una gran altura.

Cuando lo vi, estaba cubierto de escarcha. Hacia el atardecer, cuando el sol desaparecía en el horizonte, la masa recibió los rayos que se extinguían y se volvió de un blanco deslumbrante. Al mismo tiempo, la nieve, dispuesta a tomar su tonalidad del cielo, presentaba un tinte azul oscuro. Desgraciadamente, este bello espectáculo duró poco. El sol se había puesto, y un débil y místico crepúsculo comenzó a extenderse sobre esta inmensa llanura, que pronto fue iluminada por la aurora boreal, cubriéndolo todo con su tono rosado.

Sería imposible describir con palabras los diversos y siempre variados tintes que he presenciado, que de vez en cuando embellecían los paisajes siberianos. Cuando el frío es muy intenso, el juego de luces que entra en escena es demasiado sutil para que el arte pueda dar una idea de él. Durante algunas de estas hermosas transformaciones, el vapor ligero del aire se congela; en esos momentos, he visto bancos de finos cristales, casi imperceptibles, flotar en el aire bajo los rayos del sol, y proyectar sus arcoíris superpuestos en el horizonte. Como vemos estos colores en Francia, generalmente en un cielo más sombrío, son apagados en comparación con las tonalidades vivas, fascinantes y místicas que se presentan aquí sobre un azul de pureza infinita.

Un frío tan riguroso no deja de causar graves inconvenientes a los pobres seres humanos que se aventuran a afrontarlo. La parte de la cara que rodea la nariz y la boca desaparece por completo, en unos instantes, bajo una gruesa capa helada, formada por la humedad del aliento; y como es necesario quitar esta costra glacial de vez en cuando, la operación ocasiona mucho sufrimiento.

Para prepararse a dormir por la noche, los trotamundos siberianos acostumbran a humedecer sus *bacheliques*, que rápidamente se congelan y endurecen, formando así un sólido tabique o caja, a pocos centímetros de la cara. La respiración se congela entonces contra la superficie interior de esta pared improvisada. Pero a pesar de estas precauciones, cuando me desperté por la mañana, encontré mis párpados completamente sellados con pequeños carámbanos alrededor de las pestañas, que me vi obligado a disolver entre mis dedos calientes antes de poder abrir los ojos a la luz del día.

Otro efecto extraño de un frío tan intenso puede observarse al entrar en un pueblo, a una hora temprana, cuando los habitantes acaban de encender sus hogueras. El aire caliente y humeante que sale de las chimeneas asciende en línea recta hasta cierto punto, donde, tras enfriarse y condensarse rápidamente, se encuentra con un estrato de igual densidad y comienza a extenderse horizontalmente, por todos lados, como una especie de techo o dosel, y éste, aumentando

de espesor, obstruye la radiación, formando así una nube protectora para todo el pueblo.

Entre Koliván y Diorosno, dos pequeñas ciudades situadas frente a frente en colinas opuestas, los hilos telegráficos que se extienden hasta Kiajta están enterrados en un cable subterráneo, un recurso adoptado para evitar las repetidas destrucciones de la comunicación por inundaciones que ocurrieran cuando antes se colocaban en postes.

El Obi se huela de la misma manera que el Oka; las protuberancias son de una magnitud tan exagerada, que es difícil darse cuenta de que cubren el seno de un río; forman, de hecho, colinas y valles, obligando al viajero a ascender y descender por estos accidentes geográficos.

Llegamos a Diorosno a las ocho de la mañana, en el aniversario del bautismo de Cristo. Se había hecho un agujero de un metro de diámetro a través de un grueso suelo de hielo y, a través de esta abertura, se podía ver el Obi fluyendo rápidamente hacia el norte, como si pareciera burlarse del frío que intentaba detener su curso en la superficie. El clero del pueblo, seguido de una multitud de devotos, acudió con gran pompa a este agujero para bendecir el agua de este río. Cuando terminó la ceremonia, todos los habitantes se acercaron con sus cubos, vasijas y recipientes de todo tipo, para llenarlos y luego llevarse a sus moradas el agua que acababa de ser bendecida. Cuando todos hubieron tomado lo que deseaban, tres o cuatro fanáticos se despojaron de sus ropas en un abrir y cerrar de ojos, se sumergieron en el agua helada y, vistiéndose de nuevo con la misma prisa, corrieron a casa para calentarse en sus hogueras. Esta gente considera un milagro si uno escapa sin perecer de las consecuencias de un acto de tal temeridad. Creo que la corta duración del baño y la reacción producida posteriormente por la violenta carrera son las principales salvaguardas contra el peligro.

Después de haber pasado el Obi, entramos en un territorio de aspecto muy singular; era todavía llano, pero inclinado, que se elevaba gradualmente, aparentemente sin fin, hasta el horizonte. Creo que la magnitud de los ríos de Siberia se debe, en primer lugar, a la inmen-

alidad de sus cuencas, y luego a estos prolongados planos inclinados, que tanto facilitan el descenso de las aguas que se acumulan. Sea cual fuere la causa, este extraño terreno inclinado causa asombro y al principio produce vértigo, sobre todo cuando uno se desliza hacia abajo. Aunque la pendiente no es muy pronunciada, la sensación de deslizarse suavemente hacia un abismo lejano y desconocido evoca desagradablemente el peligro. A medida que el suelo se hunde bajo uno, es fácil imaginar que el mundo se ha soltado de sus amarras y flota hacia un destino inconcebible. Uno se siente instintivamente impulsado a extender la mano para agarrar algo, pero como no hay nada más que el suelo desnudo a la vista, se ve arrojado de nuevo a sí mismo más completamente, y esta singular impresión se hace aún más vívida y dolorosa.

Llevábamos ya tres días de viaje desde Omsk, cuando, hacia las cinco de la mañana, nos despertaron unas violentas sacudidas del escarpado hielo del Tom, que anunciaron nuestra aproximación, lograda no sin dificultad, a la ciudad de Tomsk. Siempre es un gran alivio en Siberia, después de un largo viaje, tener a la vista un lugar de descanso y llegar a él. Decidí quedarme un tiempo en esta ciudad, donde la posada, en comparación, parecía relativamente cómoda.

La cámara que me dieron no contenía nada más de lo habitual en otros lugares, pero aquí se consideraba completamente amueblada; aun así, la habitación estaba iluminada por cuatro grandes ventanas, y el suelo estaba bien barrido. Encontrándola, pues, bastante acogedora, abrí todos mis baúles y rogué a Konstantín que me hiciera compañía durante algún tiempo en este importante centro del comercio siberiano.

La ciudad está dividida en dos partes: la ciudad baja, situada en el valle del Tom, y la ciudad alta, encaramada en una colina a lo largo de la orilla derecha del río. La primera es el barrio comercial; allí se encuentran los bazares y almacenes. La otra, por el contrario, se compone de elegantes viviendas, al menos elegantes en este país, ocupadas por quienes han adquirido grandes fortunas o están en camino de conseguir este envidiable objetivo.

Para tener una buena idea de la naturaleza del comercio de Tomsk y de su importancia, es necesario haber sido testigo presencial de esa disposición de los habitantes de Siberia occidental a una existencia relajada, por un lado, y, por otro, conocer esa pasión absorbente con la que los siberianos orientales se dedican a la búsqueda y explotación de las minas de oro.

En Irkutsk, centro de esta segunda parte de Siberia, la tierra es fértil y, sin embargo, no se pone en ella ni un grano de trigo; la ciudad está en la confluencia de tres ríos, pero, a pesar de ello, no se saca de ellos ni un pez. Aunque en los alrededores hay minas de hierro y arcilla china de excelente calidad para la fabricación de porcelana, todas estas materias primas se descuidan, y el material de construcción se trae de los Urales, y los utensilios domésticos de Moscú e incluso de San Petersburgo.

Los habitantes de Tomsk sacan provecho de la indolencia de los siberianos occidentales y de la fiebre del oro de los orientales, y se convierten en comerciantes de maíz, proveedores de forraje, carniceros y, lo que es sorprendente, en los pescaderos de casi toda Siberia. La enorme distancia entre Tomsk y otras ciudades importantes, de las que he hablado, podría hacer dudar de la solidez de tal opinión; pero este comercio es muy posible por los curiosos efectos del frío extremo sobre los alimentos.



MERCADO EN TOMSK

Un día, al cenar un ave rolliza que me habían puesto delante, pregunté, por curiosidad, cuánto tiempo hacía que la habían matado; me contestaron, para disminuir la repugnancia natural de un francés por todo lo que no fuera fresco: «Dos meses solamente; no más». En cuanto a la carne de vacuno, no se requiere ninguna precaución para conservarla; se cuida sola. Casi todos los carniceros matan, al comienzo del frío, una cantidad suficiente de provisiones frescas para el invierno. No hay temor de que ningún alimento fresco cambie bajo tal temperatura. Lo mismo ocurre con el pescado, que se vuelve tan sólido y rígido que se coloca con la cola contra las paredes de los mercados, por muy larga que sea la cola y por muy pesado que sea el pescado.

El clima de Siberia también tiene un efecto muy marcado en la germinación y el crecimiento del grano. La siembra sólo se realiza en mayo, y en julio el maíz está maduro para la cosecha.

Es evidente, además, que la primavera aquí en Siberia hace sentir sus efectos mucho más rápidamente que en Inglaterra o Francia. Si uno observa los árboles, sus hojas y ramas, percibirá diferencias muy sensibles en el desarrollo de un día a otro. Esto se debe en parte al mayor vigor de una savia que ha permanecido latente durante mucho tiempo bajo la nieve. Pero sobre todo a la gran duración de los días y al consiguiente aumento de la insolación, por lo que la vegetación no sólo disfruta de mucho más calor y de períodos más largos de actividad diurna, sino que, al ser más cortas las noches, sufre una parte proporcionalmente menor de refrigeración y retraso en su desarrollo.

Los habitantes de Tomsk, siempre ocupados en el cultivo de la tierra, han conservado, más escrupulosamente que en otros lugares, las antiguas costumbres siberianas. Mencionaré sólo algunas de ellas. En cada casa, e incluso en cada habitación, pueden verse una o varias lámparas encendidas ante algún cuadro, algún objeto de piedad, según el día o la solemnidad religiosa. Cuando un visitante se presenta, se inclina dos o tres veces, haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz ante el cuadro; luego, pero no antes, saluda a su

anfitrión de una manera acorde con su ocupación en ese momento. Si está comiendo, dicen: «Té y azúcar», que significa: «Espero que puedas poner azúcar en tu té». Este lujo aquí no se da a todo el mundo. Al salir de la habitación, dicen: «¡Descansa en paz!». Cuando los habitantes de Tomsk entran en una tienda, utilizan una expresión con este significado: «Me gustaría que pudieras hacer un trato conmigo en tu propio beneficio».

Durante el verano se traen de China y Transbaikalia grandes cantidades de mercancías que se descargan en Tomsk para ser transportadas en barcos de vapor a Tiúmen, y este tráfico adicional aumenta considerablemente la riqueza de la ciudad.

Tomsk es, al parecer, uno de los lugares más fríos de toda Siberia. Durante algunos inviernos, el termómetro ha descendido hasta los cincuenta y cinco grados bajo cero y ha permanecido durante algún tiempo a esta temperatura. ¡También se tiene constancia de uno incluso tan bajo como cincuenta y ocho grados bajo cero!

Cuando estuve aquí, la temperatura, por el contrario, era menos rigurosa que durante mi estancia en Omsk. Nevó copiosamente durante algunos días, lo que me indujo a encerrarme en mi habitación, cosa que no lamenté en absoluto, con la incomodidad de tantos largos días y noches, recién pasados al aire libre, todavía fresca en mi memoria.

Excepto una noche, que impulsado por algún motivo de ejercicio, y tal vez de aventura, salí solo a pie, y seguí mi camino, meditabundo, a lo largo de las orillas del río. La noche era muy oscura, y pesadas nubes velaban las estrellas; pero el suelo estaba iluminado por la nieve caída durante el día. La superficie helada del Tom no era uniforme en ninguna parte, y pude darme cuenta de las sacudidas que habíamos experimentado en el trineo al cruzar este río. Los bloques de hielo se elevaban unos sobre otros, a veces a gran altura, presentando sus bordes hacia arriba, y el aspecto de haber luchado con tremenda fuerza para escapar del aplastante abrazo de la masa sólida sobre la que descansaban. Podría decirse que era el resultado de un terrible combate entre dos grandes fuerzas de la naturaleza,

entre el río y la escarcha, una visible y vencida, y la otra invisible y victoriosa. Ahora, sin embargo, esta lucha estaba suspendida hasta que llegara el momento de revertir la victoria, y mientras tanto, todo estaba inmóvil y silencioso.

Permanecí contemplándolo con temor durante algún tiempo, como el pálido rostro de la muerte, en cuyas facciones las convulsiones de la agonía relataban una historia espantosa. La noche era demasiado oscura para distinguir la otra orilla de este gran río; y lo que tenía ante mí, en su escalofriante estado inhóspito —total alejamiento del mundo en esta blanca soledad, hasta donde alcanzaba la vista a través de la penumbra— me hizo estremecer en mi desamparo. Era la primera vez que me sentía tan completamente abandonado, tan aislado del mundo, exiliado de mi país y de mi hogar y de todo lo que me era querido. Pensar en volver a subir al trineo y continuar mi viaje a través de este aire helado y la oscuridad, me hacía encogerme de repugnancia y miedo.

Luchar contra una fuerza como la que había detenido el curso de este gigantesco río me parecía una temeridad. Era, en efecto, una verdadera imagen del extremo norte que había venido a ver tan lejos como Siberia; y aunque había satisfecho mi anhelo de turista de ver maravillas, me dirigí a casa abrumado por este aspecto de la naturaleza, y necesité todo el brillante sol del día siguiente para iluminar mi mente con pensamientos más alegres, y darme algo de valor para reanudar mi viaje.

Una cosa que noté peculiar en Tomsk fue el gran número de sirvientes coreanos, hombres y mujeres, que allí se encuentran. Pregunté al gobernador la razón de esto, y me informó que muchos nativos de esta tierra se refugiaron entre los rusos para escapar de las severas leyes vigentes en su país de origen. «Saben que serán bien recibidos entre nosotros, pues ya tenemos un protectorado sobre su país».

Este anuncio de un protectorado me dio motivos para reflexionar. Corea, como es sabido, sólo es tributaria de China. El soberano de este territorio se opone a los europeos, a quienes no sólo no se les

permite establecerse allí de ninguna manera, sino que a menudo son perseguidos por este tirano con extrema crueldad. La probable conquista de Corea por los rusos —conquista bastante inminente, según la opinión del gobernador de Tomsk— podría, de llevarse a cabo, ocasionar importantes modificaciones en nuestros intereses comerciales del Lejano Oriente. Sería un paso significativo hacia la conversión completa de China y Japón a las ideas modernas.